

La infancia de Caín

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Boyhood of Cain*

En cubierta: fotografía © Andrew Neel / Unsplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Michael Amherst, 2025

© De la traducción, Julio Hermoso

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-68-4

Depósito legal: M-21.649-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Michael Amherst

LA INFANCIA DE CAÍN

Traducción del inglés
de Julio Hermoso

iruela

Nuevos Tiempos

*Para mis padres, Miles y Jane,
y también para Diana*

«En la religión de quien solo necesita nacer una vez [para ser feliz], el mundo es algo rectilíneo, una suerte de negocio con un solo plano, cuyas cuentas se llevan con un solo tipo de unidad, cuyas partes poseen justo el valor que aparentan tener de manera natural y cuya simple suma algebraica de valores positivos y negativos dará como resultado el valor total. La felicidad y la paz religiosa consisten en vivir en el lado positivo de esa cuenta. En la religión de quien necesita nacer dos veces, el mundo es un misterio con dos planos. No se puede lograr la paz por medio de la simple adición de lo que suma y la eliminación de lo que resta en la vida. El bien material no es solo insuficiente en cantidad, amén de pasajero, sino que la falsedad acecha en el seno de su propia existencia».

WILLIAM JAMES,
Las variedades de la experiencia religiosa

Capítulo 1

Viven en una casona cerca de la escuela coral, donde su padre es el director. La escuela, que es un colegio privado en el centro del pueblo, tiene un edificio principal grande, de ladrillo rojo como una casita de muñecas, a la sombra de la torre normanda de la abadía. El resto del colegio lo forma una serie de antiguas viviendas que bordean una de las tres calles principales. Estas arterias confluyen en el corazón del pueblo, en una cruz de piedra erigida en memoria de los vecinos que murieron en combate.

Ninguno de sus abuelos fue a la guerra por sus problemas con la vista, y él se avergüenza de que su familia no arrimara el hombro en aquel entonces. Cuando los demás chicos de su curso alardean de las hazañas heroicas de sus abuelos en el ejército, en la marina o en las fuerzas aéreas, él tiene que callarse. Su padre sí hizo el servicio militar, pero tocaba en la banda de música y servía el rancho en el comedor de oficiales en lugar de matar alemanes. Quizá en su familia sean todos unos cobardes.

Además de tres calles, el pueblo tiene tres ríos, y todos los inviernos se desbordan e inundan los campos a su alrededor; en verano, aquellas praderas anegadizas se cubren de una hierba alta, verde y exuberante. Así, el pueblo es un lugar abierto y expansivo en verano, pero en invierno se

convierte en un lugar oscuro y encerrado, rodeado de agua por todas partes.

Todas las mañanas, a menos que su padre tenga ensayo con el coro, su hermana y él lo acompañan el breve camino a pie desde la puerta de su casa, recorren la calle de la iglesia y entran en el colegio. Tiempo después, cuando recuerda esta escena, ve la imagen de los tres caminando juntos y ve su propia mano, pequeña y calentita en el puño de su padre, que lleva un paraguas y lo balancea como hacen los caballeros ingleses en las películas. Pero esta imagen es falsa, o se trata de un falso recuerdo, porque su padre es demasiado despistado como para arreglárselas sin perder el paraguas durante más de veinticuatro horas.

De un modo similar, se imagina a su padre trajeado y que los demás se llevan la mano a la frente con una leve reverencia al pasar, pero esto también es falso. Su padre siempre viste camisas gruesas de cuadros, con un botón colgando del hilo. Lo único que sí es cierto es el orgullo que le producen la simpatía y los saludos que recibe su padre, y que recibe él por extensión, cuando está en el pueblo. Esto los convierte en una familia preeminente: la primera familia. Pero claro, también es posible que todas las familias se perciban de ese modo.

¿La escuela también formará parte de su herencia algún día?, se pregunta. Su padre se muestra reticente al respecto, pero está claro que, si la escuela es de su padre, entonces la escuela también se convertirá en una de sus posesiones, igual que todo lo demás, como ese reloj que dice su padre que ha pertenecido a la familia desde hace generaciones y que algún día será suyo.

Como hijo del director, disfruta de una posición única. Al contrario que su hermana, que se avergüenza de ese privilegio, el niño lo menciona con frecuencia delante de sus compañeros de clase. Lo más curioso es que, cuanto más lo menciona, peor parece caerles a sus compañeros. Cuando ve que los otros niños, sobre todo los chicos, alardean de los trabajos de sus padres y los defienden ante los demás, no entiende por qué el de su padre tiene que levantar recelos en lugar de admiración.

A él no le da clase, solo enseña a los dos últimos cursos, aunque a veces ve a su padre por la escuela. Cuando ocurre, se queda esperando un gesto, un reconocimiento de que es su hijo, una muestra de que es especial.

Sin embargo, su padre no le dedica tales reconocimientos, tampoco gestos. Él quiere que su padre lo reivindique como suyo, pero no lo hace. Su madre, en cambio, está encantada de reclamarlo como suyo. Lo llama a voces y lo saluda con la mano desde la cancela del colegio, miente con tal de sacarlo de clase o de librarlo de algún deporte. Su madre lo reivindica hasta un punto que resulta humillante.

El único momento en que es hijo de su padre es cuando su madre no puede ir al colegio a recogerlo. En esos días, el niño tiene permiso para cruzar la doble puerta roja del edificio principal, una entrada que solo deben utilizar los profesores, y sentarse en el largo banco de madera del pasillo a esperar hasta que su padre termine de dar clase. Eso lo convierte en único entre el resto de niños: poder utilizar esas puertas, poder acceder al colegio los fines de semana y poder subir por la escalera del personal docente, que está hecha de mármol y traza una curva en su ascenso hasta el descansillo.

Solo se le ocurre lo arbitrario que es prohibirle el uso de esas puertas un lunes por la mañana, cuando está haciendo un recado en horario de clase y el tutor de los recreos lo sorprende cruzándolas. No entiende por qué puede utilizarlas los fines de semana con su padre, pero no durante los días lectivos. Si puede utilizar las puertas y la escalera del personal docente es por ser hijo de su padre, y negárselo a él es, de algún modo, negárselo a su padre. Aun así, cuando el tutor de los recreos le dice que hoy no es fin de semana y que, por tanto, no puede entrar por ahí, lo acepta: el miedo que le da portarse mal es mayor que lo importante que pueda sentirse.

No se atreve a decir que esa regla es una tontería. Aún no ha visto que los profesores tengan ninguna característica que esté relacionada con el uso de las puertas y que él no posea. Lo único que sabe es lo mucho que desearía estar con su padre constantemente. Con él puede ir a todas partes.

Un día, mientras espera a que termine la última clase de la tarde, lo llevan al último piso del colegio, donde su padre da matemáticas. Allí, los techos son más bajos, y unas tiras largas de luces iluminan todas las salas con un leve zum-bido. El aula está en penumbra y mal ventilada. El niño se queda junto a su padre, al frente de la clase, mientras él dibuja con tiza en la pizarra. El suelo está cubierto por un vinilo de color marrón oscuro que se está abriendo en algunos sitios y deja ver las tablas que hay debajo. Los chicos forman filas detrás de los pupitres. Estos no son niños, todos ellos tienen ya trece años, o están a punto de cumplirlos, y tienen las extremidades largas de un hombre.

Algunos incluso tienen voz de hombre. Es incapaz de imaginarse que alguna vez llegue a ser tan mayor como ellos.

Cuando suena el timbre, se queda a solas con su padre. Con el colegio desierto y en silencio, tiene la impresión de que el lugar es propiedad de su padre y, por tanto, también suya. Bajan hasta el despacho del director y dejan atrás unos murales en francés y unos dibujos de árboles. Sabe que esas palabras están en francés, aunque no ha aprendido aún lo que quieren decir; sí es capaz de dibujar sus propios árboles, pero no ha aprendido aún a representarlos con tanta belleza.

Junto a la puerta del despacho hay un armario grande de madera, que su padre abre con una llavecita. Dentro hay paquetes y más paquetes de cuadernos de ejercicios envueltos en plástico retráctil. Son los cuadernos que utilizan en clase, cada uno con una cubierta de cartulina en tonos pastel: un verde azulado oscuro con hojas cuadrículadas para las matemáticas, amarillo con hojas de rayas y líneas anchas para los alumnos de su edad, un rosa anaranjado con las líneas más estrechas para los chicos mayores. Su padre coge uno y le pregunta si quiere uno también.

Recibir un cuaderno nuevo de ejercicios es uno de sus principales placeres. Cada vez que uno de sus compañeros de clase termina un cuaderno y levanta la mano para decir que necesita otro, se hace un silencio en el aula. Si él tuviera una letra más grande, más desordenada, recibiría un cuaderno nuevo con más frecuencia. Le parece una injusticia que lo castiguen así por tener una letra mejor y más limpia.

Los ejemplares nuevos tienen un encuadernado prieto, con las tapas satinadas. Con el tiempo se van aflojando, las

páginas se ensucian y desaparece la pátina de brillo. Él escribe con una letra más pequeña en las primeras clases después de recibir un cuaderno nuevo, una letra todavía más limpia y ordenada para asegurarse de que todas y cada una de las letras se ciñen a la línea. Siempre tiene la esperanza de que esta vez va a ser distinto: esta vez sí que va a llegar al final del cuaderno de ejercicios sin fallos de ninguna clase.

Sin embargo, sabe perfectamente que por muy cuidadoso que sea, por muy buenas que sean sus intenciones, terminará haciendo algún tachón. Cuando escribe mal alguna palabra, se debate entre dos decisiones igual de malas: tacharla, corregirla y dejar una desastrosa prueba de su error, o continuar como si nada, pero el error seguiría allí, y cualquiera podría verlo.

Cometer un error en esas páginas blancas y limpias de un cuaderno nuevo de ejercicios, le parece a él, es un pecado terrible. No quiere dejar ninguna mancha o, al menos, ningún rastro de un fallo que sea suyo. Sería mejor no haber escrito nada antes que dejar pruebas de un error.

Cuando su padre abre el armario para mostrar un muro entero de cuadernos, el niño no se lo puede creer, y cuando coge un par de ejemplares de cada uno y se los entrega como si tal cosa, se queda atónito. Los va abriendo, uno detrás de otro, y aspira el denso efluvio del papel nuevo encolado.

Su padre le pregunta para qué los va a utilizar, a lo cual él responde: «relatos». No tiene ninguna historia que contar, no se le ocurre ninguna, pero le gusta la idea de rellenar las páginas, de escribir su propio libro, como esos que lee en casa por las noches. Le gustaría escribir un relato que llegue hasta el final, todo seguido.

Intenta prolongar su estancia en el despacho porque no recuerda haber sido nunca tan feliz. Tiene acceso a todo cuanto podría desear. Cuando por fin descienden las escaleras hacia el aparcamiento del personal del colegio, el niño lo hace sabiendo que es el hijo de su padre.